



DEMOGRAFÍA Y POBREZA

Joaquín LEGUINA

Este artículo consta de dos partes. En la primera se recoge una visión global de la situación demográfica mundial, con referencia a algunos casos particulares tales como China, España y las migraciones hacia Europa. La segunda parte se ocupa de dar noticia sobre la evolución de la pobreza en América Latina. Datos terribles, aunque su evolución puede interpretarse esperanzadamente.

En todo caso, el proceso demográfico latinoamericano ha acabado por dar la razón a quienes, desde mucho tiempo atrás, venían sosteniendo que el problema de la pobreza en la región tenía más que ver con las estrategias de desarrollo que con la demografía. Se constata, además, una obviedad frecuentemente negada: los países cuyos gobiernos son capaces de generar transferencias económicas públicas hacia las familias desfavorecidas consiguen nota-

bles reducciones en los índices de pobreza; los que no, no. Una pobreza que, por cierto, es cada vez más urbana, sin que disminuya la pobreza rural.

Seis mil millones de habitantes

Durante los años sesenta, los demógrafos más pesimistas consideraban que la «explosión demográfica», una expresión entonces en boga, llevaría a la hu-

**Las diferencias
demográficas entre Europa
y África siguen
siendo abismales.**

manidad hacia el desastre. En aquellos años, la fecundidad (número de hijos por mujer en edad fecunda) era de 5,97 en los países menos desarrollados y 2,67 en los países desarrollados. En el primer quinquenio de los años noventa la fecundidad había bajado a 3,48 hijos por mujer en los países menos desarrollados y 1,70 en los desarrollados. Cuando la FNUAP (Fondo de Población de la ONU) publicó su último *Estado de la población mundial*, el informe fue recibido en forma de noticia con el siguiente titular: «La explosión demográfica no ocurrirá». Aunque la población mundial sigue creciendo, lo hacía a una tasa anual del 2% en los años sesenta, y ahora lo hace al 1,4%. Cada año el planeta es habitado por 80 millones de personas más, pero en 1992, hace tan sólo siete años, el crecimiento anual era de

92 millones. Un 60% de las parejas casadas utiliza ahora algún método anti-conceptivo, ese porcentaje era del 10% en 1960. La escolarización de las muchachas ha pasado de ser el 50% en los años sesenta, al 76% en la actualidad.

Los seis mil millones de habitantes, que hace unas fechas, en 1999, se alcanzaron, serán ocho mil en el año 2025 y 9,4 mil en el 2050. Así ocurrirá si las cosas, claro está, siguen evolucionando «normalmente». Bajo esas condiciones de «normalidad», el envejecimiento y el estancamiento demográfico en los países ricos irá acompañado de un peso demográfico creciente de los países pobres. En efecto, existen dos planetas demográficos distintos. Por un lado, Europa, Canadá, China (la costa), Japón, Corea del Sur y Taiwan, donde, en conjunto, la fecundidad apenas permite la renovación poblacional y otro mundo, el de los pobres, especialmente en África sub-sahariana, en el cual la caída de la fecundidad apenas ha comenzado. De seguir en ese nivel la fecundidad en África, dentro de cincuenta años más de la mitad de los niños que nazcan en el mundo serán africanos. Las diferencias demográficas regionales son aún abismales, tal y como recoge el cuadro 1.

Cuadro 1

	Europa	América Latina	África	Asia
Población (millones)	728	484	738	3.488
Fecundidad. Número de hijos por mujer	1,6	2,9	5,7	2,8
Esperanza de vida (en años)	73	68	52	65
Tasa de mortalidad infantil (por 1000 nacidos)	13	40	94	62

El caso de África resulta especialmente grave, si se tienen en cuenta los efectos devastadores del sida, fenómeno que se nos suele presentar lejano y subestimado, pero que ha hecho caer siete años la esperanza de vida al nacimiento en países como Kenia y Suráfrica.

En todo caso, la división Norte-Sur no es tan clara como suele decirse. En el Norte, los EEUU tienen una dinámica demográfica cuya explicación no resulta sencilla, si no es a través del retroceso hacia costumbres especialmente conservadoras y teniendo en cuenta la inmigración hispana. El Sur, por su parte, es cada vez más heterogéneo desde el punto de vista demográfico, incluso dentro de los propios países. En la India, por ejemplo, el cono Sur tiene un comportamiento demográfico no muy diferente del europeo; sin embargo, en los estados del Norte de ese enorme país el número medio de hijos por familia es de cinco.

Sin negar la complejidad de una realidad cambiante, siguen existiendo datos globales insoportables. En los países industrializados vive el 20% de la población mundial, y posee el 80% de las riquezas. Pese a existir algunos países, especialmente en el sureste asiático, a los que se califica de emergentes, las diferencias económicas a nivel planetario entre unos y otros países no hacen sino crecer.

Mientras los países desarrollados sufren un envejecimiento galopante, con lo que ello significa de carga para el ya golpeado Estado de bienestar, los países subdesarrollados (o en vías de desarrollo, como piadosamente se los denomina) necesitan enormes inversiones en educación y sanidad que difícilmente pueden abordar por sí mismos si se tiene en cuenta que sus deudas externas alcanzan, a menudo, niveles cuyo pago es inalcanzable. Incluso el Fondo Mo-

*En términos demográficos,
la división Norte-Sur
no es tan clara
como suele decirse.*

netario Internacional, depositario de las esencias más ortodoxas del neoliberalismo, ha comenzado a hablar de «rebajar» allí sus criterios habituales en los planes de ajuste económico en beneficio de políticas más atentas al desarrollo humano y a la lucha contra la pobreza.

El caso de China

De los cambios demográficos observados en los últimos años el caso más llamativo, y terrible, es el de China con su política de hijo único.

China cuenta en la actualidad, según estimaciones fiables, con 1.500 millones de habitantes, habiendo crecido entre 1975 y 1995 a un ritmo algo inferior al 2% anual, pese a que el Gobierno chino sostenga que ese crecimiento ha sido tan sólo del 1,6%. En todo caso, dada la caída de la fecundidad, los demógrafos estiman que de los diez activos por cada jubilado, que es la tasa actual, en el año 2020 pasarán a ser tan sólo seis y en el 2050, tres. Ello traerá consigo gravísimos problemas, si se desea afrontar la financiación de las futuras jubilaciones. Además, pese a disponer de 140 millones de hectáreas cultivables, la proporción de suelo cultivable es hoy tan sólo de 0,09 hectáreas por habitante (0,3 en Europa y 0,7 en EEUU), proporción que caerá en China a 0,06 en el año 2020. La política voluntarista de las autoridades chinas les ha llevado a desmantelar las

Veinticinco años de crisis económica han causado una revolución en la demografía española.

granjas del Estado y las cooperativas agrícolas. Como resultado, entre 120 y 150 millones de personas, sacadas a la fuerza de la agricultura, han emigrado hacia las ciudades, donde la tasa de paro «oficial» se estima en el 12%. Teniendo en cuenta el subempleo, tanto en la administración como en las empresas públicas y las cooperativas industriales, el paro real en 1998 se sitúa en torno al 20%. Una situación nada tranquilizadora.

Empero, los efectos más preocupantes de la política de hijo único seguida en China son de tipo social y también moral. Más de doscientos millones de nacimientos no han sido declarados, con los resultados fáciles de imaginar. El desequilibrio entre chicos y chicas, a favor de los varones, en la pirámide de edades es simplemente aterrador. Por ejemplo, en la provincia de Hainan hay 175 muchachos por cada 100 muchachas, en Shandong, de cada cuatro hijos de mujeres en el grupo de edad 35-39 años, tan sólo uno es niña. En un país, aún pobre, que considera al hijo varón como una futura aportación económica para la familia, la política de hijo único ha llevado al infanticidio, a la muerte de millones de niñas recién nacidas. Un horror que, además, compromete la supervivencia demográfica del país. China acabará pagando muy cara esta militarización de la fecundidad. Una política, la china, que es mirada con benevolencia desde un Occidente que sólo

quiere ver allí un mercado de 1.500 millones de consumidores potenciales al cual vender sus productos.

La curiosa situación española

Veinticinco años de crisis económica en España han significado cinco lustros de inseguridad, y sobre la inseguridad malamente se construyen proyectos vitales que no respondan a la manida frase de «ir tirando». La suma de incertidumbres individuales no puede dar jamás un resultado social con la certeza como eje. Mas los datos sí que son ciertos. Para comenzar, durante esos veinticinco años del paro, la demografía española ha vivido una auténtica revolución cuyos efectos perdurarán, al menos, un siglo.

La suma de las tasas de fecundidad por edad, es decir, el número de hijos por mujer, ha pasado de 2,79 en 1975 a 1,18 en 1995 y a 1,07 en 1998. Una caída a menos de la mitad, exactamente del 62%, lo que coloca a España, junto con Italia, en los más bajos niveles de la fecundidad mundial. Esta tan disminuida fecundidad, y pese a que la mortalidad sea también muy baja, (81 años de esperanza de vida en las mujeres y 74 en los varones. Sólo las mujeres de Japón, Canadá y Francia tienen una mortalidad ligeramente inferior), llevará inexorablemente, si las cosas no cambian, a la disminución de la población española en los primeros años del siglo XXI. La estructura por edades ha pasado en estos últimos veinte años de parecerse a una pirámide a representarse como un panzudo botijo. Un envejecimiento creciente que sólo un cambio hacia una mayor fecundidad podría corregir.

En los últimos años han cambiado ideas y comportamientos que afectan a la fecundidad. El matrimonio se concibe

hoy de otra forma. Por ejemplo, el porcentaje de hijos habidos fuera del matrimonio se ha multiplicado por seis, aunque en España esa proporción aún no llegue, ni de lejos, a los niveles nórdicos (59,6% en Islandia, 51,6% en Suecia, 46,9% en Dinamarca, 45,9% en Noruega). Las españolas han accedido a una libertad e información que les permite el uso de contraceptivos modernos. Al mismo tiempo, el proceso de igualación laboral entre hombres y mujeres no se ha detenido. Mas todo ello no explica una caída de la fecundidad como la descrita y sobre todo no explica una diferencia tan apreciable con, por ejemplo, Suecia, donde las tasas de actividad femenina son muy superiores a las españolas y, sin embargo, la fecundidad es bastante mayor que en España. Las encuestas son contundentes a este respecto: las mujeres españolas desean tener más hijos y los tendrían... si pudieran.

La edad de la emancipación, la del emparejamiento de hecho y la del matrimonio no han hecho sino retrasarse. El retraso en la llegada de los hijos, decisión que se deja, provisionalmente, «para más adelante» acaba por no tomarse. Estamos, por lo tanto, ante una fecundidad constreñida por factores sociales ajenos a la voluntad de las parejas.

La proporción de jóvenes con más de dieciocho años aún no emancipados se ha duplicado en los últimos veinte años y ello no es debido, ni sólo ni principalmente, al alargamiento del periodo estudiantil expresado en unas tasas de escolarización crecientes. De hecho, la familia se ha convertido (o reconvertido) en el eje de las nuevas estrategias de supervivencia basadas en la endogamia. Al inicio de los años cincuenta, notables sociólogos, como Stoetzel y Parsons, predijeron que la familia reduciría

drásticamente sus funciones hasta quedar éstas en el campo exclusivo de los intercambios afectivos. La previsión ha resultado un fiasco. De las manos del paro y de la inseguridad, la familia ha vuelto por sus fueros hasta convertirse en la columna vertebral de la solidaridad inter-generacional. En efecto, una columna larga y estrecha. Larga porque la coexistencia dentro, o con más frecuencia fuera, del mismo techo, abarca ahora a tres y hasta cuatro generaciones. Y estrecha, porque el número de hijos es cada vez menor.

Las migraciones

¿Pueden jugar un papel equilibrador las migraciones? El asunto, como es obvio, resulta de una gran complejidad cultural y política, pero en un reciente informe de la OCDE se constata ya que a partir de 1988 el crecimiento demográfico en Europa se debe más a la inmigración que a los nacimientos. En países como España, Grecia, Portugal, Austria y Dinamarca, la aportación migratoria es dominante, cosa distinta a lo que ocurre en Francia, Reino Unido, Holanda y Noruega, donde predominan los nacimientos. En Alemania e Italia, la notable inmigración no llega a compensar los crecimientos naturales (nacimientos menos defunciones) negativos. En las circunstancias actuales, señala el informe, es difícil imaginar que las inmigraciones puedan servir para detener

***Debido al paro,
la familia es hoy el eje
de las estrategias
de supervivencia.***

el declive demográfico, muy notable en algunos países europeos, si bien la fecundidad de los inmigrantes suele ser claramente mayor que la de los autóctonos. Así, en Francia el 10,1% de los nacimientos provienen de inmigrantes, representando éstos el 6,4% de la población. Algo parecido ocurre en Alemania, donde los nacimientos de inmigrantes representan el 13% del total, o en Suiza, donde llegan al 22,8%.

El envejecimiento, que en Europa no hace sino aumentar, dará un salto a partir del año 2010, cuando empiecen a jubilarse los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, las generaciones que se llamaron del *baby-boom*, pero no parece probable que la inmigración pueda compensar ese hecho. Por ejemplo, en Francia sería necesario que entraran once millones de inmigrantes en el decenio 2011-2020 tan sólo para que entre ambas fechas el envejecimiento (proporción de personas con 65 años y más sobre el total de la población) no creciera. Para hacerse una idea de lo que esto significaría, baste saber que en el decenio 1986-95 inmigraron en Francia 630.000 personas y ello trajo consigo efectos político-sociales bien conocidos, extrema derecha incluida. En todo caso, Europa tendrá que ser capaz de asumir esos riesgos, también por razones de supervivencia. El discurso del cierre de fronteras no sólo es reaccionario, y lo es en grado sumo, sino que, además, puede resultar socialmente suicida.

***Hoy, en Europa
el crecimiento demográfico
se debe principalmente
a la inmigración.***

En España, como ha señalado Carmen de Miguel (1999), y sin entrar en este debate ni en los diferentes cálculos, en ocasiones sesgados, que sustentan las distintas posiciones, es evidente que la mayoría de ellos parte de un horizonte demográfico básicamente determinado por el movimiento natural de la población autóctona y en el que el factor migratorio desempeña un papel secundario, al incorporar las proyecciones hipótesis de entradas de emigrantes relativamente reducidas y aproximadamente constantes en el tiempo. Nada más lejos de la realidad. La inmigración esta siendo ya mucho más elevada en España que la que se suele estimar a partir de las estadísticas oficiales (contingentes, permisos de trabajo y residencia, altas patronales, etcétera) y, además, tiende a aumentar rápidamente, como una consecuencia lógica del avance de nuestro nivel de renta y de la decreciente presión de la población española sobre el mercado de trabajo.

A pesar de la todavía elevada tasa de paro en España (15,6%, según la EPA del segundo trimestre de 1999) ésta disminuye, al concurrir una fuerte expansión del empleo derivada de la fase alcista del ciclo económico con un aumento cada vez más débil de la población activa. En algunas zonas específicas, entre otras las costeras y turísticas, comienza a constatarse la escasez de mano de obra en determinados puestos de trabajo y en ciertos sectores, como la construcción y la hostelería, y adquiere una creciente entidad el recurso a una población «importada» con demandas salariales más bajas y, en ocasiones, ausencia de cargas sociales, si se trata de inmigración ilegal. El riesgo de todo ello es que proliferen las situaciones de explotación y marginación y se amplíe la segmentación en el mercado de trabajo, con un estrato de

trabajadores, fundamentalmente extranjeros, que ocupen los puestos de inferior cualificación y remuneración y peores condiciones laborales.

España presenta todavía una proporción escasa de población extranjera, inferior al 2%, frente al 6% en Francia y el 9% en Alemania. Sin embargo, la situación está cambiando rápidamente y nuestro país se está convirtiendo en uno de los principales destinos de los movimientos migratorios, ya que, a las razones económicas y demográficas, se une la atracción cultural para Latinoamérica y la vecindad con África, el continente con crecimiento poblacional más intenso. Es urgente enfrentar este fenómeno en todas sus vertientes, abordar un debate social que no ha tenido lugar previamente a la aprobación de la Ley de Extranjería (que el PP pretende derogar) y diseñar con base en esta norma una política integral en el marco de la Unión Europea. Se trata de evitar la peor de las situaciones, que ya se está produciendo, de una inmigración irregular, marginada y que no contribuya con impuestos y cotizaciones. Para impulsar la integración de los emigrantes, objetivo imprescindible para el avance de la riqueza y la renta, es fundamental la orientación de la sociedad respecto a la necesidad de la inmigración, frente a la actitud de rechazo detectada en encuestas recientes.

Transición demográfica y pobreza en América Latina

Los cambios demográficos en América Latina durante los últimos decenios se insertan en el denominado proceso de transición demográfica. Si bien el concepto de transición demográfica tuvo su origen en el intento de explicar la relación entre los cambios demográficos y

El discurso del cierre de fronteras no sólo es reaccionario, sino socialmente suicida.

los cambios socioeconómicos en Europa durante el siglo XVIII, su uso se ha extendido hasta el presente, porque constituye una propuesta —aún vigente— de explicación de la dinámica demográfica a la luz de interrelaciones con los factores sociales, económicos y culturales.

La transición demográfica ha sido descrita como un proceso de larga duración, que transcurre entre dos situaciones o regímenes extremos: uno, inicial, de bajo crecimiento demográfico con altas tasas de mortalidad y fecundidad, y otro, final, de bajo crecimiento pero con niveles también bajos en las respectivas tasas de mortalidad y fecundidad. Entre ambas situaciones de equilibrio se pueden identificar dos momentos principales. El primero, en el que la tasa de crecimiento de la población aumenta como consecuencia del descenso de la mortalidad, y el segundo, en el que dicho crecimiento disminuye, debido al descenso posterior de la fecundidad.

En el marco de este esquema, América Latina se encuentra, como señalaron Chackiel y Martínez (1993), «recorriendo la fase de disminución de la fecundidad, que se ha producido en forma rápida, después de haber experimentado cambios importantes en la mortalidad desde antes de la segunda mitad del siglo —aunque todavía con un amplio margen de posible reducción—, con el resultado de una tasa de crecimiento en descenso».

***En España empieza
a constatarse escasez
de mano de obra
en algunos sectores.***

La transición demográfica es, sin embargo, un proceso complejo, y los países difieren en cuanto al momento de inicio y al ritmo de los cambios en la fecundidad y la mortalidad, también en lo que se refiere a los cambios en otras variables estrechamente relacionadas, tales como el lugar de residencia, el estado nutricional y de salud de la población, las conductas asociadas a la formación de las uniones y a la planificación familiar. No obstante las diferencias, hay un cierto consenso en que la transición demográfica se ha dado en el seno de las transformaciones sociales y económicas que han ocurrido en toda la región, aunque la relación entre esa transición y esos cambios sea compleja y difícil de precisar. En este sentido, se pueden clasificar los países en cuatro grupos:

Grupo 1. Transición incipiente. Son países con alta natalidad y mortalidad, con un crecimiento natural del orden de 2,5%. Los países de este grupo son Bolivia y Haití que, por su elevada fecundidad, tienen una estructura por edades muy joven y una alta relación de dependencia.

Grupo 2. Transición moderada. Son países de alta natalidad, pero cuya mortalidad ya puede calificarse de moderada. Por este motivo su crecimiento natural es todavía elevado, en

torno al 3%. Los países de este grupo son El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Paraguay. El descenso de la mortalidad, sobre todo durante el primer año de vida, se ha traducido en un rejuvenecimiento de la estructura por edades, lo que también lleva a una elevada relación de dependencia.

Grupo 3. En plena transición. Son países con natalidad moderada y mortalidad moderada o baja, lo que determina un crecimiento natural moderado en torno al 2%. Los países de este grupo son Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México, Panamá, Perú, República Dominicana y Venezuela, y en el Caribe, Guyana, Surinam y Trinidad y Tobago. Como el descenso de la fecundidad es reciente, la estructura por edades se mantiene todavía relativamente joven, aun cuando ya ha disminuido la relación de dependencia.

Grupo 4. Transición avanzada. Estos son países con natalidad y mortalidad moderada o baja, lo que se traduce en un crecimiento natural bajo, del orden del 1%. Los países de este grupo son Argentina, Chile, Cuba y Uruguay, y en el Caribe: Bahamas, Barbados, Guadalupe, Jamaica, Martinica y Puerto Rico. Entre éstos se pueden distinguir dos subgrupos: los que han tenido fecundidad y mortalidad bajas por un largo periodo (Argentina, Uruguay y, en menor medida, Cuba) y que, por lo tanto, tienen un crecimiento y una estructura de edades similares a los países desarrollados, y los que, si bien recientemente han alcanzado tasas muy bajas de fecundidad y mortalidad, tienen aún tasas de crecimiento más elevadas debido a su población relativamente joven.

Cuadro 2

Indicadores demográficos de América Latina: 1995					
Indicadores	Regiones y países				
	América Latina	Uruguay	México	Guatemala	Bolivia
1995					
Población (en miles)	467363	3186	91145	10621	7414
Tasa de crecimiento	1,9	0,6	22,2	2,9	2,6
Tasa global de fecundidad	3,1	2,3	3,1	5,4	4,8
Esperanza de vida al nacer	68,7	72,4	71,5	64,8	59,3
Tasa de mortalidad infantil	45,1	20,0	34,0	48,5	75,1
Porcentajes de población					
Menor de 15	33,8	24,4	35,5	44,3	40,6
15-59	58,6	58,6	58,2	50,3	53,4
60 y más	7,6	17,0	6,3	5,4	6,0

Las estimaciones de la magnitud de la pobreza se han realizado según el «método del ingreso», basado en el cálculo de líneas de pobreza. Estas líneas representan el ingreso que permite a cada hogar satisfacer las necesidades esenciales de sus miembros. La línea de pobreza de cada país y zona geográfica se estima a partir del costo de una canasta básica de alimentos, que cubre las necesidades nutricionales de la población, tomando en consideración sus hábitos de consumo, la disponibilidad efectiva de alimentos y sus precios relativos. Al valor de dicha canasta se le suma una estimación de los recursos requeridos por los hogares para satisfacer el conjunto de las necesidades básicas no alimentarias.

Por su parte, la «línea de indigencia» corresponde al costo de la canasta alimentaria y se define como indigentes (o extremadamente pobres) a las personas que residen en hogares cuyos ingresos son tan bajos que, aunque los destinaran íntegramente a comprar alimentos, no lograrían satisfacer las necesidades nutricionales de todos sus miembros. El valor de la «línea de pobreza» en las áreas urbanas se estima, en casi todos los países latinoamericanos, en el doble del valor de la «línea de indigencia», mientras que en las zonas rurales es alrededor de un 75% mayor que el respectivo presupuesto básico de alimentación.

La situación actual

Según el último informe social de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), entre 1990 y 1997 la pobreza disminuyó en la gran mayoría de los países latinoamericanos; el porcentaje de hogares en esa situación se redujo de 41% a 36%, con lo que prácticamente se recuperó el nivel existente en 1980 (35%). Esta reducción ha permitido, asimismo, contener el crecimiento de la población pobre que durante los años ochenta había aumentado de 136 a 200 millones, pero que en 1997 no superaba los 204 millones. La indigencia ha seguido una evolución semejante, pues el porcentaje de hogares indigentes en 1980 (15%) se elevó al 18% en 1990 para volver al 15% en 1997; del mismo modo, los 62 millones de indigentes que existían en 1980 llegaron a 93 millones en 1990, para luego reducirse a menos de 90 millones en 1997. Cifras, en todo caso, impresionantes; y dado que el tamaño medio de los hogares pobres es mayor que el de los demás, la proporción de población pobre e indigente es superior a la de los hogares de esa condición: en 1997 dicha proporción era del 44% y 19%, respectivamente (48% y 23% en 1990).

La mayor parte de los 64 millones de pobres que se sumaron a esta categoría en los años ochenta se localizó en las ciudades, lo cual provocó un aumento sustancial de la proporción de pobres ur-

***La proporción
de población extranjera
en España
es inferior al 2%.***

banos, que pasó del 46% (63 millones de personas) en 1980 al 61% (122 millones) en 1990, mientras que la proporción de pobres rurales se redujo del 54% al 39%, con un leve ascenso en el número de personas (de 73 a 78 millones). Esta tendencia a la urbanización de la pobreza, que ha jugado un papel muy destacado en el deterioro de la calidad de vida de las ciudades en esta región, se detuvo a partir de 1990. En efecto, entre ese año y 1997 las proporciones del total de pobres correspondientes a pobres urbanos y rurales, y el número de los mismos se mantuvieron casi inalterados.

Por cierto, el hecho de que la mayoría de los pobres esté ahora localizada en las zonas urbanas no significa que haya mermado la pobreza en el conjunto de la población rural. En 1980 el 54% de los hogares rurales era pobre, cifra que aumentó al 58% en 1990 y volvió al 54% en 1997. Asimismo, el 28% de los hogares rurales eran indigentes en 1980, pero dicha proporción ascendió al 34% en 1990 para disminuir al 31% en 1997. En los mismos años, la proporción de hogares urbanos indigentes fue del 9% en 1980, 12% en 1990 y 10% en 1997.

Pese a que la evolución de la pobreza durante la década de 1990 ha sido positiva, ésta debe evaluarse con prudencia, ya que ahora es cuando se han recuperado los niveles relativos de 1980 y aún no se ha logrado reducir el número de pobres e indigentes que existía en 1990, y que sigue manteniéndose en torno a los 200 y 90 millones de personas, respectivamente. Asimismo, es muy probable que en los años finales del decenio el ritmo de crecimiento económico de la región haya sido inferior al logrado entre 1990 y 1997, lo cual dificultará la mitigación futura de la pobreza e incluso amenaza con un posible incremento en varios países.

Cuadro 3

Pobreza e indigencia en América Latina 1980-1997						
AÑO	Porcentaje de hogares					
	Pobres b/			Indigentes c/		
	Total	Urbanos	Rurales	Total	Urbanos	Rurales
1980	35	25	54	15	9	28
1990	41	35	58	18	12	34
1994	38	32	56	16	11	34
1997	36	30	54	15	10	31
	Volumen de población (en miles)					
	Pobres d/			Indigentes e/		
	Total	Urbanos	Rurales	Total	Urbanos	Rurales
1980	135.900	62.900	73.000	62.400	22.500	39.900
1990	200.200	121.700	78.500	93.400	45.000	48.400
1994	201.500	125.900	75.600	91.600	44.300	47.400
1997	204.000	125.800	78.200	89.800	42.700	47.000

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

- a) Estimación correspondiente a 19 países de la región.
- b) Porcentaje de hogares con ingresos inferiores a la línea de pobreza. Incluye a los hogares que se encuentran en situación de indigencia.
- c) Porcentaje de hogares con ingresos inferiores a la línea de indigencia.
- d) Personas en hogares en situación de pobreza. Incluye a la población en situación de indigencia.
- e) Personas en hogares en situación de indigencia.

Las tendencias generales entre 1990 y 1997 respecto de la evolución de la pobreza y la indigencia muestran diferentes trayectorias nacionales. En algunos países se lograron reducciones impor-

tantes: en Chile, 13 puntos porcentuales en la pobreza y 6 en la indigencia; en Brasil, 12 y 7; en Panamá, 9 y 6. En otros, las reducciones fueron menores, como ocurrió en Costa Rica, 4 y 3 pun-

***Para la integración
de los emigrantes
es fundamental reconocer
que Europa los necesita.***

tos; Perú, 4 y 0 y Colombia, 2 y 5 (este último, de 1994 a 1997). Finalmente, en unos pocos países los porcentajes aumentaron; por ejemplo, en Venezuela el incremento fue de 8 y 5 puntos porcentuales y en México de 4 y 2 puntos (véase el cuadro 2).

También es heterogénea la situación de los países de la región en lo que se refiere a la incidencia de la pobreza urbana. Algunos presentan un nivel relativamente bajo (menos del 20%), como Uruguay, Argentina, Chile y Costa Rica; otros, un nivel medio (entre el 20% y 39%), como Panamá, Brasil, Perú, República Dominicana, México, Colombia y El Salvador; y otros, alto (40% y más), como Paraguay, Venezuela, Bolivia, Guatemala, Nicaragua y Honduras.

Por otra parte, durante la década de 1990 ha tendido a confirmarse en algunos países el importante papel desempeñado por el crecimiento económico en la evolución de la pobreza, dado que se advierte una relación claramente positiva entre la tasa de crecimiento del ingreso nacional bruto por habitante en términos reales y la tasa media anual de disminución de la pobreza. Como ejemplos de ello pueden señalarse los casos de Chile y Venezuela; en el primero, el ingreso per cápita aumentó un 47,8% de 1990 a 1996 y la proporción de hogares pobres se redujo en ese periodo en 13 puntos porcentuales; en el segundo, la merma del 0,5% en los ingresos por ha-

bitante de 1990 a 1997 estuvo acompañada de un aumento de 8 puntos en la proporción de hogares pobres.

Sin embargo, hay también otros países en los que esta relación entre crecimiento económico y evolución de la pobreza no ha sido tan notoria, debido, por una parte, a que una misma tasa de crecimiento del producto puede tener efectos diferentes sobre la pobreza según la modalidad que éste adopte —en especial, en lo que se refiere a sus efectos sobre el empleo y los salarios— y, por otra, a que el comportamiento de la pobreza también obedece al efecto de otros factores.

Así, por ejemplo, en Argentina el significativo aumento de 37% en el ingreso por habitante de 1990 a 1997 estuvo acompañado de una disminución de sólo 3 puntos porcentuales en la proporción de hogares pobres (Gran Buenos Aires). Por el contrario, en Brasil el crecimiento moderado de 12,5% en el ingreso per cápita apareció asociado a una merma de 12 puntos en la pobreza. Esto avala la tesis de que existen tipos de crecimiento que influyen en forma muy diferente en la evolución de la pobreza, y que en ella inciden de forma significativa otros factores, por lo que debieran evitarse las perspectivas analíticas y las propuestas de acción en este campo centradas exclusivamente en el crecimiento económico.

Es posible identificar distintas modalidades de crecimiento según sus efectos en el mercado de trabajo. Así, no cabe duda que aquel crecimiento que impulse una rápida expansión del empleo de alta productividad será más eficaz en cuanto a la disminución de la pobreza. Sin embargo, lo ocurrido en América Latina en los años recientes pone de manifiesto una creciente hete-

rogeneidad de la productividad de los distintos tipos de ocupaciones, lo que ha provocado una también creciente desigualdad de rentas. Además, dentro del conjunto de ocupaciones han pesado mucho más las que se caracterizan por productividad e ingresos más bajos, que, por tal razón, tienen menor capacidad de superar la pobreza. De todos modos, aunque los empleos generados hayan sido en su mayoría de productividad e ingresos bajos, esto ha permitido que en muchos hogares aumente la proporción de miembros ocupados, lo que permite elevar su nivel de vida familiar. En efecto, aunque existen diferencias importantes entre los países, la densidad ocupacional en el hogar ha aumentado en la mayoría de ellos y en varios, como Chile y Brasil, ha jugado un papel destacado en el descenso de los índices de pobreza.

Entre los factores que no están directamente vinculados al crecimiento económico, pero que influyen sobre los niveles de pobreza, debe prestarse especial atención a la inflación, a las transferencias de ingresos que reciben los hogares y a las variaciones de los precios relativos.

La influencia que ejerce la inflación en la magnitud de la pobreza se manifiesta, sobre todo, cuando aquélla aumenta o disminuye significativamente. Así, la reducción de inflaciones muy elevadas (de cuatro dígitos) en Argentina, Brasil y Perú tuvo un efecto muy favorable en la reducción de la pobreza en esos países, en tanto que el incremento importante de la inflación, como el registrado en Venezuela, contribuyó a aumentar la pobreza. Sin embargo, la inflación muy baja no conduce necesariamente a un descenso de la pobreza (así ocurrió en Argentina entre 1994 y 1997), ni la inflación moderada impide

que la pobreza disminuya (como en Uruguay entre 1990 y 1994).

Por otra parte, las transferencias de ingresos que reciben los hogares provenientes del sector público tienen una apreciable influencia en la disminución de la pobreza, particularmente en los países de la región que las han orientado especialmente a ese fin, como Argentina, Costa Rica, Panamá y Uruguay, en los cuales esas transferencias aportan en el área urbana entre el 20% y 25% de los ingresos de los hogares del quintil inferior. Brasil también ha aplicado de manera sistemática una política de refuerzo de las transferencias hacia los hogares más necesitados, lo cual ha contribuido a que la pobreza disminuyera sustancialmente de 1990 a 1993, sobre todo en el área rural.

Por último, la capacidad de compra de los ingresos de los estratos inferiores puede verse afectada por variaciones de los precios relativos de los productos de la canasta básica, a causa de la estructura productiva y comercial de los países, los procesos de apertura comercial, las características del sector agropecuario, los factores climáticos y estacionales, y otros. Lo sucedido en los últimos años demuestra que la variación de los precios de los productos de consumo popular ha sido, en general, menor que la registrada en el índice de precios al consumo (IPC), lo que ha elevado la ca-

***Debe evaluarse
con prudencia la evolución
positiva de la pobreza
en la última década.***

Cuadro 4

Pobreza e indigencia por países: 1990-1997 (Porcentajes)							
País	Año	Hogares bajo la línea de pobreza a/			Hogares bajo la línea de indigencia		
		Total País	Área Urbana	Área Rural	Total País	Área Urbana	Área Rural
Argentina b/	1990	-	16	-	-	4	-
	1994	-	10	-	-	2	-
	1997	-	13	-	-	3	-
Bolivia c/	1990	-	47	-	-	20	-
	1994	-	46	-	-	17	-
	1997	-	44	-	-	16	-
		57	(47)	72	33	(19)	54
Brasil d/	1990	41	36	64	18	13	38
	1993	37	33	53	15	12	30
	1996	29	25	46	11	8	23
Chile	1990	33	33	34	11	10	12
	1994	24	24	26	7	6	8
	1996	20	19	26	5	4	8
Colombia	1990	-	35 e/	-	-	12 e/	-
	1994	47	41	57	25	16	38
	1997	45	39	54	20	15	29
Costa Rica	1990	24	22	25	10	7	12
	1994	21	18	23	8	6	10
	1997	20	17	23	7	5	9
Ecuador	1990	-	56	-	-	23	-
	1994	-	52	-	-	22	-
	1997	-	50	-	-	19	-
El Salvador	1995	48	40	58	18	12	27
	1997	48	39	62	19	12	28
Guatemala	1989	63	48	72	37	23	45
Honduras	1990	75	65	84	54	38	66
	1994	73	70	76	49	41	55
	1997	74	67	80	48	35	59

Fuente: CEPAL: sobre la base la tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a) Incluye a los hogares indigentes o en extrema pobreza.

b) Gran Buenos Aires.

c) Ocho capitales departamentales más la ciudad de El Alto. Las cifras entre paréntesis de 1997 corresponden al total del área urbana del país.

d) Cifras provisionales.

e) Ocho ciudades principales.

Cuadro 4

Pobreza e indigencia por países: 1990-1997 (Porcentajes) (Continuación)							
País	Año	Hogares bajo la línea de pobreza a/			Hogares bajo la línea de indigencia		
		Total País	Área Urbana	Área Rural	Total País	Área Urbana	Área Rural
México	1989	39	34	49	14	9	23
	1994	36	29	47	12	6	20
	1996	43	38	53	16	10	25
Nicaragua	1997	-	66	-	-	36	-
Panamá	1991	36	34	43	16	14	21
	1994	30	25	41	12	9	20
	1997	27	25	34	10	9	14
Paraguay	1990	-	37 f/	-	-	10 f/	-
	1994	-	42	-	-	15	-
	1996	-	40	-	-	13	-
Perú g/	1997	37	25	61	18	7	41
República Dominicana	1997	32	32	34	13	11	15
Uruguay	1990	-	12	-	-	2	-
	1994	-	6	-	-	1	-
	1997	-	6	-	-	1	-
Venezuela	1990	34	33	38	12	11	17
	1994	42	41	48	15	14	23
	1997	42	-	-	17	-	-
América Latina h/	1990	41	35	58	18	12	34
	1994	38	32	56	16	11	34
	1997	36	30	54	15	10	31

f) Área metropolitana de Asunción.

g) Cifras del Instituto Nacional de Estadística e informática (INEI) del Perú, elaboradas sobre la base de la información de la encuesta nacional de hogares (ENAHOG) de 1995 y 1997 (cuarto trimestre). La CEPAL está realizando las estimaciones pertinentes.

h) Estimación para 19 países de la región.

pacidad de compra de los estratos de ingresos bajos.

Como es evidente, cualquier país tiene más posibilidades de éxito en la lucha contra la pobreza si consigue un

crecimiento económico alto y sostenido, que genera un aumento considerable de los empleos de productividad e ingresos altos, y si estos ingresos son, además, favorecidos mediante una política de defensa de su capacidad adquisitiva, el

apoyo de importantes programas de transferencias públicas bien focalizadas y un control adecuado de la inflación. Lo ocurrido en los distintos países muestra una gran diversidad de situaciones en el proceso de consecución de estos objetivos, cuyo análisis combinado permitiría comprender mejor el comportamiento de la pobreza en cada uno de ellos.

Si se quisieran obtener algunas conclusiones acerca de la pobreza en América Latina y sin negar la complejidad general y nacional de este penoso fenómeno, podría decirse que estamos ante un problema casi exclusivamente socio-económico, es decir, no demográfico. Empleo de calidad y transferencias públicas de recursos ha-

cia las familias serían los objetivos. Pero los empleos de calidad sólo se consiguen con inversiones y con mano de obra cualificada. Esto último, como es obvio no puede obtenerse sólo a través del mercado sino que exige un esfuerzo público muy notable. Nos encontramos pues con la política educativa como parte imprescindible de cualquier estrategia para el desarrollo. Una vez más, la política, de la cual no quiere hablar el pensamiento «único» hoy reinante.

Muchos se sentirán más tranquilos tras comprobar que los movimientos revolucionarios de los años sesenta y setenta fueron echados, eso sí, con mucha sangre, por la ventana; pero los problemas siguen ahí, llamando a la puerta.